AÑO IV
SEMANARIO NACIONAL INFANTIL
FLECHAS Y PELAYOS
25 cts. POR EL IMPERIO HACIA DIOS
N.º 135
DIRECCION Y REDACCION: MONTE ESQUINZA, 2 - MADRID
TELÉFONO 49426
APARTADO 213
6 JULIO 1941

UNA CUBILLADA
DEDICADA A MIHURA

Nuestro gran Cubillo se levantó esta mañana cosquilleándole en las venas la sangre cazadora de su bisabuelo y queriendo imitarle e incluso distinguirse en él, como lo había hecho su antepasado, cogió la escopeta, se colgó en el hombro el zurrón y salió al campo dispuesto a demostrarse a sí mismo que era mejor tirador que su abuelo, aunque no llevase patillas.

¿Codornices a mí? ¡Ja, jai! ¡A ver cual de ellas se atreve a desafiar mi segura puntería!—pensaba en voz alta nuestro amigo, mientras preparaba la escopeta. Mas un hermoso Mihura que por aquellos lugares rondaba, oyó lo de la puntería y picado en su amor propio quiso demostrarle cómo no hace falta escopeta para dar en el «blanco».

El bufido de satisfacción del toro, advirtió a nuestro héroe del peligro que corría su «doble cara» y olvidándose de sus bravatas, tiró la escopeta y el zurrón para andar más ligero y puso pies en polvorosa, dispuesto a no correr la misma suerte de las infelices codornices, que ya creía seguras en el zurrón.

Rehuyendo el «blanco» tan caprichosamente escogido por el Mihura, llegó hasta su casa saltando la valla con una agilidad, si no digna de su bisabuelo, muy semejante a la del Gallo en sus tardes enfermas de «mieditis aguda», haciendo tan ridícula pirueta que dió con sus huesos en tierra, pero el toro había sido burlado, que era lo interesante.

Y para olvidar los incidentes de su cacería frustrada, Cubillo se dispuso a leer la mejor revista de humor que acababa de salir y cuál no sería su sorpresa al ver que lo que tenía en las manos era nada menos que «La codorniz», hecha por Mihura. —¡Caspita!, rugió nuestro Cubillo. ¿Estoy en casa o sigo todavía en el campo?

Ayuntamiento de Madrid

La niñez de los grandes hombres: MOZART

Este famoso compositor alemán nació el 27 de enero de 1756. Toda su niñez es un asombro de precocidad artística. Desde muy chiquitín manifestó afición a la música, recibiendo lecciones de su padre que fué un profesor de mérito. Tenía Mozart solamente cuatro años, y sin conocer las notas aún, ejecutaba en el piano y violín piezas fáciles que solo le costaban media hora de estudio y las interpretaba con delicadeza. Cuando tuvo 6 años componía piezas musicales, que dictaba a su padre, pues no sabía escribir música. Hizo tales progresos que el padre le presentó al público en excursión por varios países de Europa. Todos se entusiasmaban ante aquella maravilla. En varios conciertos improvisaba el niño en el piano o violín sobre temas que le daban en aquel mismo momento. Uno de estos conciertos fué en París, en 1763, en presencia de los reyes.

A los 8 años había ya escrito cuatro sonatas para piano. A los 14 años, caso único en el mundo, fué nombrado director de conciertos de la capilla archiepiscopal. Murió a los 35 años.

Su obra «Don Juan» es llamada con justicia la ópera de las óperas.

MUNDO ANIMAL

Marta.—Mamífero carnicero. Se encuentra en España (4). Es una verdadera plaga para los corrales, pues mata aves y conejos, llegando a atacar hasta corzos y cervatillos. Una particularidad poco conocida es que, al hallarse cautiva, si tiene cría devora a sus hijuelos.

Durante el día duerme en lugares ocultos y solo en plena noche se dedica a su bandidaje. Una variedad de este animal es la *cebellina* (1) algo menor que la común, propia de las regiones septentrionales del antiguo continente y cuya piel es estimadísima.

Se le persigue por el mal que hace a la caza; pero también por conseguir su piel muy apreciada en el comercio (2), así como su pelo que es utilizado en la confección de pinceles (3).

Hay mucha diferencia, niños, entre los pinceles que usais en vuestros juegos de *pintar monos* y estos otros que usareis cuando sepais pintar más correctamente. Ya lo vereis.

LAS CUATRO RAZAS DE HOMBRES

La raza blanca, la más perfecta de las razas humanas, puebla sobre todo Europa, el oeste de Asia, el norte de Africa y de América. Se la reconoce por su cabeza ovalada, su boca regularmente pequeña y los labios poco anchos. Su color puede también variar. La raza amarilla ocupa principalmente el Asia oriental, la China y el Japón: rostro plano, pómulos muy pronunciados, nariz aplastada, párpados sesgados, ojos en forma de almendras, poco pelo y poca barba. La raza roja, que poblaba anteriormente toda América, tiene una piel rojiza, los ojos hundidos, la nariz larga y arqueada y la frente muy fugitiva. La raza negra, que ocupa sobre todo Africa y el sur de Oceanía, tiene la piel muy negra, los cabellos crespos; la nariz aplastada, los labios gruesos y los brazos muy largos.

¿Qué quieres saber?

Mari-Bel y Mari-Luz Morán, (Lérida).—Encantada de ser amiguita vuestra. Aquí va el modelo de peinado para trenzas. Yo no encuentro que «esteis sosas», como decís. Me parece que es modestia. Os envío un fuerte y cariñoso abrazo.

María Jesús Guinea, (Vitoria).—Creo que tu conflicto se habrá arreglado ya por sí solo, porque desde que me escribiste tu pelo habrá crecido lo suficiente como para hacerte unos preciosos tirabuzones. Escribes muy bien, clarito, limpio y sin faltas, lo cual prueba que eres una chica aplicada. Te mando muchos besitos cariñosos.

Mari Simons, María Luisa Sánchez y Lita Pérez, (Santiago de Compostela).—También vosotras me sois muy simpáticas y os envío mi retrato. Los dibujos debeis enviarlos a la Sección de Colaboración, no a mí. Recuerdos de Santi y José Antonio y muchos y fuertísimos besos de mi parte.

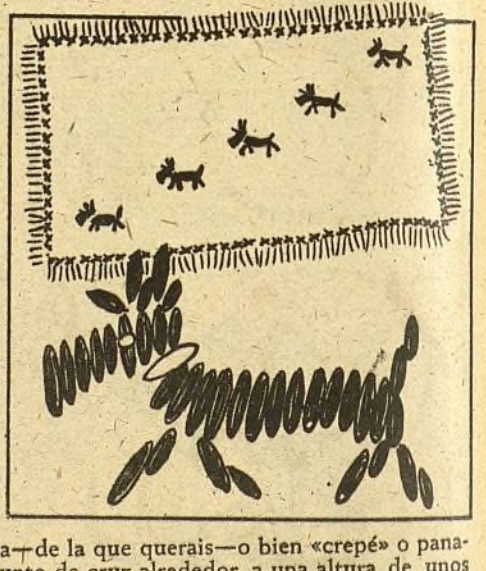
Pepita Valdivielso Torrent, (Puerto de la Luz).—Ante todo he de pedir perdón a tu amable papá, que tiene la paciencia de leerte diez veces mis cuentos. Yo no tengo la culpa de que tú te empeñes en saberlos de memoria. Dile a Solita que esos números que le faltaron deben estar agotados, pero que se consuele pensando que si no leyó aquellas aventuras, leerá otras nuevas y es lo mismo. Supongo que desde que me escribiste habrás hecho muchos progresos en el colegio y hablarás muy bien el alemán. Te envío mi retrato dedicado, con muchos recuerdos de mis hermanos y miles besos cariñosos de mi parte.

Isabel García, Juanita Gutiérrez y Catalina Martín (Plasencia).—Aquí va mi foto dedicada, en prueba de amistad. Mis hermanos os envían sus recuerdos. Yo os mando además millones de besos.

María Antonia Solano y María Pilar Guinea, (Vitoria).—Si hay foto, no hay peinado; si hay peinado, no hay foto. ¿Qué hacer? Como los peinados que salen en esta página os pueden servir y las dedicatoriasa otras niñas no, creo mejor enviaros mi retrato y el peinado lo elegís a vuestro gusto. Adiós, simpáticos trastos. Recibid muchos besos.

Mari-Pepa

"AMITAS DE CASA"



Descansad un poco de tanto leer cuentos, o de hacer travesuras—que es muchísimo peor—y disponeos ha hacer una labor muy bonita.

¿Veis este simpático perro? Pues igual que él, podeis hacer cincuenta.

Y ahora paso a enseñaros, cómo os hareis un seca-manos o pequeña toalla adornada de estos simpáticos animalitos.

Un trozo de tela—de la que querais—o bien «crepé» o panamá, le haceis un punto de cruz alrededor, a una altura de unos dos dedos—o sea tres centímetros del borde—, luego con una aguja deshilachais este trocito y ya están los flecos, o flequillo de «doña Toalla».

Dispuestos como se indican en nuestro dibujo, bordad estos perritos negros, con lana o perlé grueso, en colores; este mismo dibujo os puede servir de calco o si sois muy listas muy listas, fijándoos bien le podeis bordar sin señalar la tela.

Tened cuidado de hacerlo con limpieza y elegancia y vuestra obra de arte pronto será acabada.

El perrito será negro—o del color que querais—; el collar rojo, el ojo blanco; y las puntadas alineadas una junto a otra tal como se indica en el dibujo—como veis es tan sencillo como leer un cuento.

Estos perritos os los podeis bordar también en el bajo de vuestros vestidos, en el cuellecito de las blusas, en los pañitos de vuestras mesas, en las servilletas de postre, en fin, donde querais.

Son muy «monos» estos perritos y además, ni comen ni ladran. ¡A bordar «amitas de casa!»

Gloria

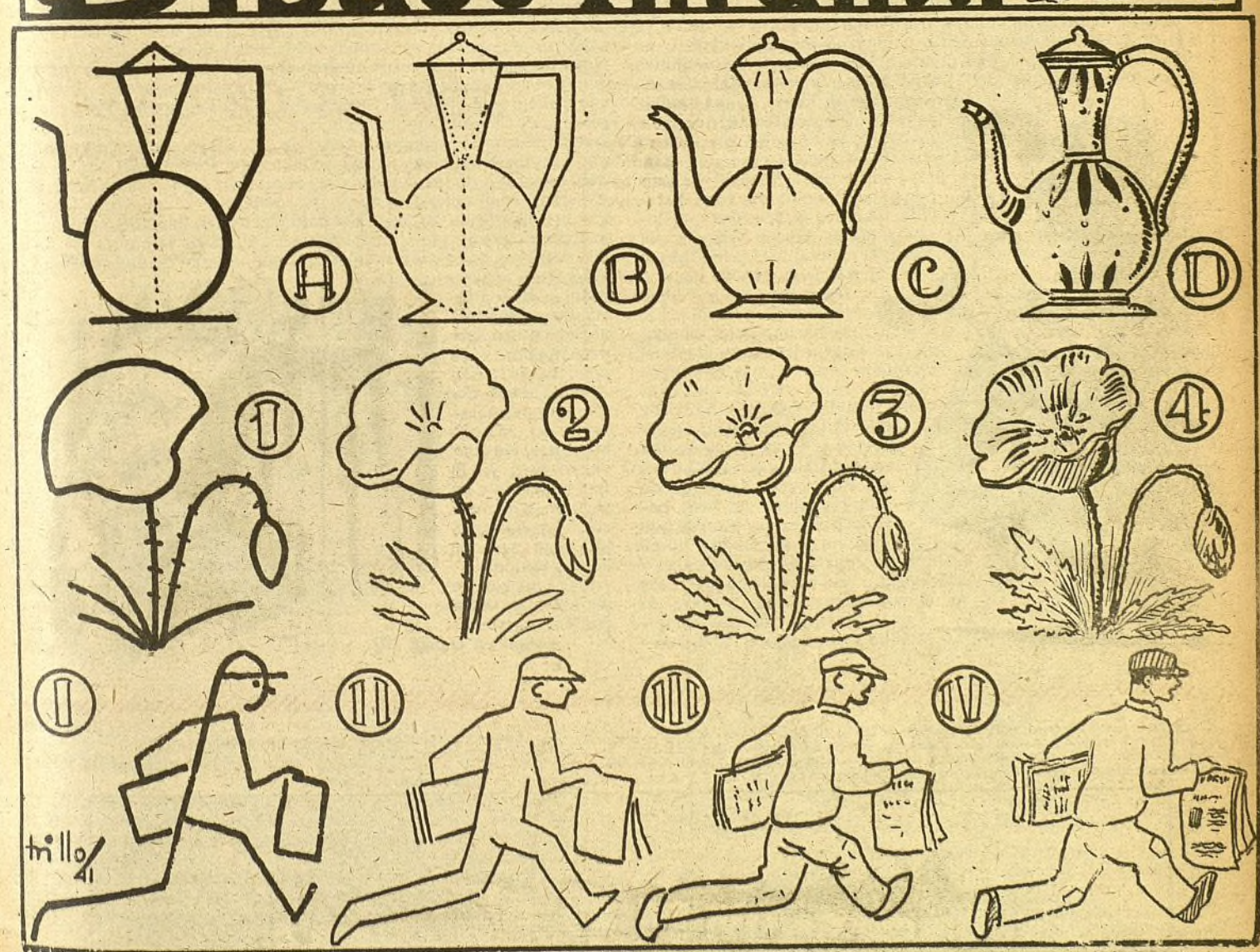
Ayuntamiento de Madrid

Doctrina y ESTILO

Vacaciones

Ya ha llegado para vosotros el mejor tiempo del año y con él esos días de recreo continuo en los que mezcláis vuestros juegos y risas, derrochando alegría y hasta el sol os ayuda retozando con vosotros y jugando a poneros la piel de chocolate. El aire se hace más cálido para que sintáis placer cuando se distrae despeinando vuestros cabellos. ¡Ya ha llegado el verano con sus vacaciones, sus baños de mar, correteando por la dorada arena que relumbra al sol o los campos umbríos tapizados de verde y protegidos por los pinos que saturan vuestros pulmones de oxígeno puro! Toda la naturaleza se engalana para recibir vuestros juegos, vuestras alegrías y daros unos días de perenne fiesta. ¡Se cerraron los libros, se arrinconaron los cartapacios y nadie os exige que estudiéis! Desde que os levantáis hasta que os volvéis a acostar sólo tenéis un quehacer: Jugar, jugar siempre para derrochar las horas del día. Aprovechaos de estas vacaciones para almacenar salud, pero no os dejéis seducir por ellas: pensad también, que estos ratos de ocio constante los cogéis a gusto por ser una sola vez al año, pero la vida requiere trabajo y de este nace el bienestar de todos nosotros. Disfrutad cuanto podáis, mas sin aclimataros a la holganza y seguid el ejemplo de vuestra madre, de esa santa mujer, para la que no existen vacaciones jamás; que siempre la veis atenta a vuestros cuidados y a los de vuestro hogar, que va y viene y os vigila y atiende sin sosegar. Que cuida de vuestra ropa, de vuestra salud e incluso de vuestros juegos. Y ya veis, ella os sonríe y es feliz con esa felicidad que nos proporciona el deber cumplido. Vuestro deber es disfrutar de ese descanso para recuperar nuevas energías y volver, al finalizar el estío, a vuestros libros y a vuestras obligaciones con la conciencia plena de que haceros hombres de bien trabajadores y cultos es vuestro primordial deber, y así el sol de la felicidad no dejará de alumbraros.

Dibujo Infantil



El cacharro, la amapola y el vendedor de periódicos, están trazados en cuatro fases. La primera fase, es el esquema más simplificado que dibujaréis sin apretar el lápiz y sobre él, sucesivamente, iréis completando con facilidad el dibujo respectivo. Realizad este trabajo a mayor tamaño. Después, de memoria. Copiad del natural motivos semejantes.

Ayuntamiento de Madrid

El milagro de José Luis

por Marichu de la Mora

JOSE Luis tiene dos camisas azules. Esto, que a primera vista no parece sensacional, ni con mérito como para escribir sobre ello, no deja, sin embargo, de tener su miga. Porque las camisas de José Luis no son como las de todo el mundo. Una de ellas, es corriente, de su tamaño, que es el de un muchacho de quince años; se la hizo su madre cuando se organizaron los flechas en su pueblo y es como las de los demás chicos. Cuando José Luis se pone la segunda, el borde le llega fácilmente hasta las rodillas, los hombros le caen hasta los codos y el ángulo de primera línea le llega a la altura de la muñeca. En otras palabras, esta camisa azul tiene tamaño de un hombre hecho y derecho y no de un niño y, sin embargo, la camisa es suya y muy suya y ahora leeréis cómo esto es verdad. José Luis vivía en un pueblo, como todos los pueblos y su padre era el tío Guerras y su madre la tía Juana. En verano se trabajaba en las eras y en invierno se iba al bosque por leña y quitando los días de baile, alguna boda o algún entierro, todos los demás días eran iguales. Es decir, parecían iguales pero para José Luis no lo eran. ¡Ni mucho menos! José Luis había descubierel mundo de los libros y en él vivía.

Cuando apenas sabía leer, dejó la escuela.

—¡Ese canalla no tiene nada que enseñarte! —había dicho su padre y aunque la tía Juana pacificadora, había terciado:

—¡Siempre buscando la guerra! ¿A ti qué se te da?

El padre de José Luis, quizá para no desmentir su apodo, se había cerrado en banda y el chico no fué más a la escuela. Para contrarrestar esto, siempre que iba a la ciudad le traía libros de aventuras y el señor cura le daba a leer la vida de los santos. ¡Las cosas más maravillosas y más increíbles pasaban en estos libros! El muchacho siempre estaba deseando que le sucediera a él algo parecido pero en el pueblo no se presentaban ocasiones.

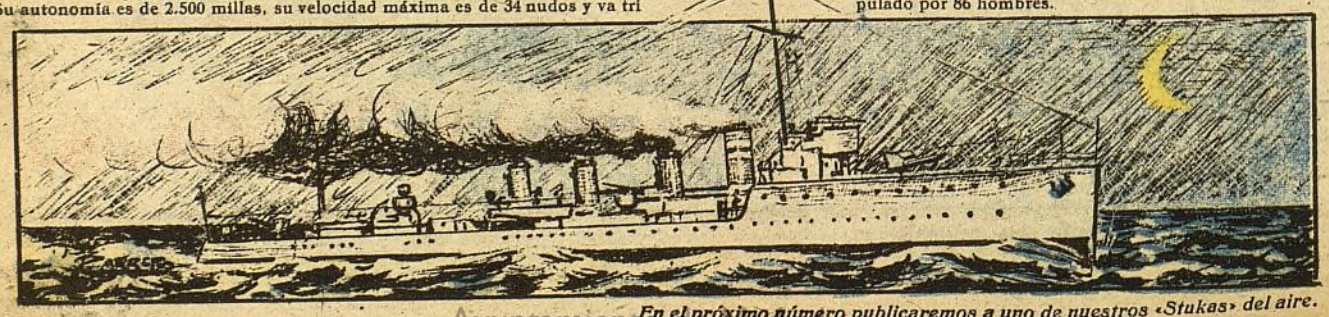
Hasta que llegó el 18 de Julio. Antes que José Luis se pudiera dar cuenta de nada, en su balcón había una bandera roja y el maestro, que debía a falta de mejores cualidades tener buena memoria, decía al tío Guerras: «Ahora sí que te voy a enseñar yo a ti algo para que no lo olvides nunca». Y sin más le pegó un tiro. Luego se lo llevaron a la rastra. No sin antes con las culatas de los fusiles arrancar de la pared las dos estampas del Corazón de Jesús y el de María. ¡Unos cromos tan bonitos! Sobre todo el del Corazón de Jesús. Esta imagen lucía en un rostro blanco y rosa, una magnífica barba rubia rizada. José Luis nunca había visto una cosa parecida. La única otra barba que conocía era la del tío Nicolás que siempre esperaba a las fiestas para afeitarse en vez de hacerlo todos los sábados como los demás hombres. Esta barba sucia, canosa, desigual y desordenada, nada tenía de común con la rizada, puntiaguda y de corte perfecto del cuadro. Indudablemente esta barba tenía dotes intrínsecamente divinos y en la imaginación de José Luis la Deidad no podía estar nunca separada de ella. La culata del fusil barrió también los tesoros que había encima de la cómoda, flores artificiales, conchas, retratos, cajas y acericos. Lo que más sintió José Luis fué el gato de porcelana, que era un gato amarillo con cara de persona y cuya espalda podía servir de palillero. Cuando lo vió roto en el suelo, tuvo ganas de gritar a su madre: «¿Ves? ¡Y nunca me habías dejado jugar con él!». Pero la vió con una cara tan rara, tan desconocida, que tuvo al verla aún más miedo del que había tenido al oir los gritos y los tiros y se acurrucó callado en el rincón más oscuro. Pasado el primer susto, José Luis empezó a sospechar qne no había estado a la altura de las circunstancias. ¡En sus libros las cosas no pasaban así! ¿Qué hubieran hecho en su caso sus héroes favoritos? Quiso recordar escenas semejantes o situaciones análogas, pero no encontraba ninguna que pudieinspirarle. «¡Y pensar que he dejado matar a mi padre!», se decía, y casi más que de pena eran de humillación las lágrimas de José Luis. Al poco tiempo el pueblo quedó medio desierto y un buen día abrieron los ojos y se encontraron que había otros hombres vestidos de distinta manera. «¡Serán los *melitares*!», dijo la madre esperanzada, pero con la misma convicción que hubiera podido decir: «¡Serán los ángeles!». Y en efecto, al día siguiente se habían marchado. Así aparecieron y desaparecieron varias veces. Algunas bajaban hasta el pueblo y otras se les veía por las colinas cercanas. José Luis, poco a poco, se fué envalentonando. A hablarles no se atrevía, pero se acercaba a los soldados y ellos le llamaban y cuando era la hora del rancho le daban sardinas en aceite que era para el muchacho el manjar más exquisito. La iglesia, que estaba un poco apartada del pueblo, había sido quemada en los primeros días, pero, a su puerta ennegrecida vió José Luis cómo llegaban unos camiones y descargaban cajones y más cajones y después de esto siempre había un centinela que se paseaba alrededor de ella. Cuando vió solo a este soldado, el muchacho tuvo menos vergüenza y empezó a hablarle. Siempre no era el mismo y aunque todos eran amables, uno sobre todo, llegó a hacerse gran amigo del niño. A cambio de amistad, él le prestaba sus libros. Cada vez que estaba de guardia le iba a hacer una visita. Ahora ya sabía que en la iglesia había pólvora y armas y había aprendido que se llamaban obuses las balas gordas que se guardaban ahí para el cañón que se oía a lo lejos. Y también sabía que una sola cerilla podía hacer que todo aquello saltara y no quedara piedra sobre piedra. En sus libros, los bandoleros volaban los puentes para robar los trenes y debía ser lo mismo. ¡José Luis vivía momentos de gran emoción! Una tarde, los disparos sonaron más cerca, se oyeron gritos, tiros sueltos y después silencio. Entonces, el muchacho se fué a investigar. Era casi de noche y en la media oscuridad pareció distinguir siluetas que corrían y una bala pasó cerca de su cabeza como si alguien soplara. En seguida se acordó de su amigo. Pensó que estando algo separado de los demás quizá necesitara algo. Pasara lo que pasara, le había dicho, él no podría menearse de su sitio. Llegando a la iglesia, no vió al soldado y pensó en llamarle, pero un instinto de prudencia le hizo callarse. Detrás de la puerta vió a dos hombres. ¡Al verles comprendió que no eran de sus amigos!

«Pegamos fuego a todo y listo», decía uno. «¡Hombre! no seas bruto, que necesitamos las municiones, sin ellas ya sabes que que no podríamos seguir ni media hora más. Nos llevamos tú y yo lo que podamos y en seguida volvemos con las caballerías ¡Menuda suerte hemos tenido!».

José Luis casi se ahogaba de tanto contener la respi-

(Sigue en la pág. 10).

He aquí a nuestro contratorpedero «Alsedo», de las C. N. de Cartagena de 1920 a 1924, hermano del «Velasco» (que ya hemos publicado) y del «Juan Lazaga». Desplaza 1 044 toneladas, eslora 86,3 metros, manga 8,2 metros, calado 3 metros. Su armamento se compone de 3 cañones de 102 mm., 4 tubos lanzatorpedos de 533 mm. y varias ametralladoras antiaéreas. Lleva Turbinas Parsón de 33.000 H. P. y 4 calderas Yarrow. Combustible 270 toneladas, 2 hélices. Su autonomía es de 2.500 millas, su velocidad máxima es de 34 nudos y va tripulado por 86 hombres.



En el próximo número publicaremos a uno de nuestros «Stukas» del aire.

Ayuntamiento de Madrid

RECORTABLES

Aquí teneis al célebre pero desconocido domador de leones de cartón Valiente Tiparraco, que formará parte de la compañía del circo que sois propietarios.

Ayuntamiento de Madrid

El mercader y su tesoro

Adaptación de S. Rosado
Ilustraciones de Santi

PRÓLOGO

El cuento que vamos a referir pertenece a la colección que forma el libro compuesto por el infante don Juan Manuel hace más de 600 años, titulado «El Conde de Lucanor». El ejemplo de este cuento es más antiguo todavía, porque don Juan Manuel no los inventó, no hizo más que escribirlos con más gracia y lindeza que la gente los contaba.

En cierta ocasión que caminaba cargado de un pesado fardo de esmeraldas, topacios, granates y otras piedras preciosas, planteósele el problema de tener que vadear un río de lecho muy fangoso. Ancho y

Trátase de un comerciante muy avaro, tan avaro que asegurarse puede que fuese judío, pues no tiene explicación el caso, de no pertenecer tal individuo a esa raza maldita.

La dificultad de seguir iba en aumento, el peso de la carga preciosa lo impedía y poco a poco, fue absorbido por el cieno, sin que soltase el fardo causante de su muerte.

EPILOGO: La avaricia es el **segundo pecado capital.** *El avaricioso contraviene a la ley de Dios. Este comerciante, por la avaricia hizo de su cuerpo pasto para los peces y de su alma pasto para las llamas. El magnífico tesoro también fué perdido, ya que hasta la fecha se carece de noticias que indiquen su salvación.*

caudaloso era y remedio no le quedaba al comerciante que evitase tener que atravesarlo a pie; o hacerlo así o no llegar al lugar donde se dirigía para aumentar sus fabulosas riquezas. Decidióse. En las manos levantaba el precioso tesoro que, por pesar tanto, era causa de que los pies se

le hundiesen cada vez más, conforme iba avanzando. Un hombre, que desde la orilla opuesta precavía la muerte del avaro, comenzó a gritarle desaforadamente que arrojase la carga, de no querer perecer ahogado, pero el mentecato no quiso obedecerle.

La niña cazamoscas

En un cuarto de muñecas
entra una mosca. Una niña
con pedacitos de flores
está haciendo la comida
y se detiene y cazarla
intenta. Vuela, de huída,
la mosca de un sitio a otro
sin ser cazada; la niña,
al fogón de hojadelata
vuelve a guisar la comida...
Con las patitas—la mosca—
delanteras se santigüa.

M. Salamanca
Rosado

Ni una cama, ni un sofá, ni una silla..... Delante teneis todo un lecho tradicional, pero de piedra, donde reposan los restos de José Antonio.

Ayuntamiento de Madrid

Catecismo Dialogado

XVI. «Creo en Dios Padre todopoderoso»

Como os decía el otro día, después de sentarnos todos, yo lancé una mirada escrutadora a todos los alumnos. Vi en seguida delante de mí a uno que me llamó mucho la atención. Era un muchacho de unos trece años, cara larga y estrecha, nariz afilada, barbilla puntiaguda, cabello castaño y ensortijado. Vestía un traje azul marino y calzaba alpargatas de goma.

—Vamos a ver; ese que está al extremo derecho del banco tercero ¿cómo te llamas?

—¿Quién, yo?—preguntó el interpelado, poniéndose de pie y rascándose la cabeza disimuladamente.

—Sí, tú.

—Me llamo Alfonso Susiac, tengo trece años cumplidos, soy hijo de un artesano, hago muchos recados a los que me los encargan, sé jugar como nadie a los naipes, darle un tute al más majo de Madrid, pegársela al lucero del alba. Pero, sobre todo, soy honrado como el primero. A ver; ¿quién me presta dos pesetas? Se las devuelvo mañana mismo.

Y el muchacho seguía hablando y hablando, como un sacamuelas. Pero tuve que cortarle en seco.

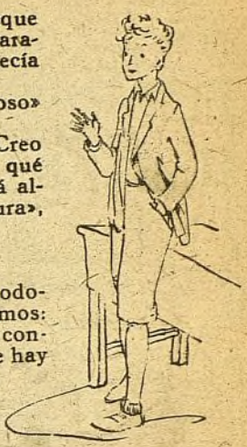
—¡Bueno, bueno; basta ya de historias! No respondas mas que a lo que se te pregunte. ¿Cuál es el primer artículo del Credo?

Al oir esta pregunta, el truhán se quedó viendo visiones. Miró primero al techo, después al profesor y por último a los compañeros. Esperaba que le soplasen los de al lado, pero nadie vino en su ayuda. Viéndose entre la espada y la pared, optó por ser sincero, y dijo con el mayor desparpajo:

—Espere un poco, señor profesor, que voy a buscar el libro.

—¡Ah, bribón! ¿Con que así se estudia la lección, eh? Bueno, bueno; ya le diré a don Tiburcio que no te dé hoy la merienda. Mañana te volveré a preguntar, y, si no me respondes como es debido, se te expulsará de la clase. Probemos a ver otro.

—¿Cuál es el primer artículo del Credo, tú?



El que se levantó ahora era un peque menudito y fino, de ojos verdes y vivarachos, de cabello rubio y sedoso. Parecía tener unos once años no cumplidos.

—«Creo en Dios Padre todopoderoso» —respondió el pequeño con garbo.

—¿Y qué entiendes tú por eso de «Creo en Dios Padre todopoderoso?» Dime qué significa esa palabra «Creo». ¿No será algo así como «me parece», «se me figura», etc.?

—No, señor profesor.

—¿Qué quiere decir, pues?

—Al decir: «Creo en Dios Padre todopoderoso» es lo mismo que si dijéramos: estoy segurísimo, estoy absolutamente convencido, no tengo duda ninguna de que hay un Dios, y de que ese Dios es Padre, y es un Padre que lo puede todo.

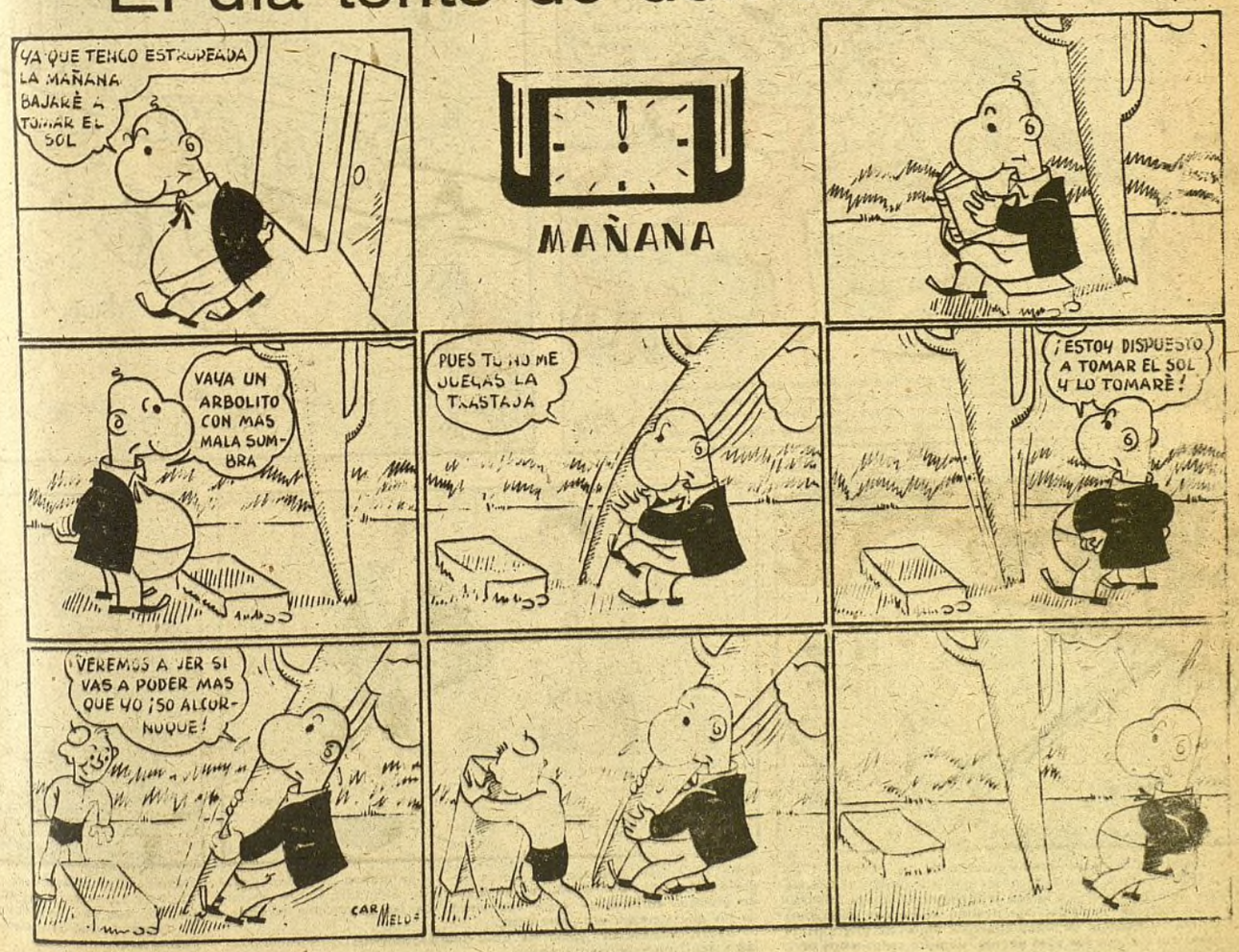
—¿Y quién te ha enseñado a ti todo eso, rapaz?

—Mi abuelita, señor profesor.

—¡Muy bien! Ya se ve que tu abuelita sabe mejor el Catecismo que nuestro amiguito Alfonso. Es verdad; creer en Dios, es estar firmemente persuadidos de que, por encima de todos nosotros y de todas las criaturas, existe un ser que nos ha dado a todos la vida y que nos la conserva en cada instante que pasa. Debemos estar más seguros de la existencia de ese Ser Supremo, que de nuestra propia existencia. Esta es la fe que salva, una fe ciega, que no sufre duda ninguna, y una fe firme como una roca. Pero, para que esta fe tenga todavía mayor valor, debe ser también prudente. Y será prudente, cuando se apoye en cimientos muy sólidos. Por eso nuestra Religión no prohibe que se estudien las razones de nuestra fe. Al contrario, quiere que todos conozcamos el por qué de nuestras creencias. Esto es lo que vamos a estudiar en esta clase. Por eso os pido mucha atención a todas mis palabras.

El próximo día os diré por qué creemos que existe Dios. Por hoy, basta ya. Ahora a divertiros en grande, para luego poder estudiar con más alegría y entusiasmo. Adios amiguitos, hasta mañana.—N. D.

El día tonto de don Cucurucho



Ayuntamiento de Madrid

¡¡ATENCIÓN, ATENCIÓN!!...AQUÍ CATAPÚN CHINCHÓN

Como recordaréis, la semana pasada, Catapún, recibió un susto mayúsculo al sentir clavarse un puñal cerca de sus narices, arrojado malintencionadamente por el terror del País de los Tranquilos, «El Mellao», a quien pretende capturar para ganarse un premio ofrecido. Atado al mango del puñal pendía un rollo de papel, en cuyo papel «El Mellao» había escrito unas amenazadoras palabras para intimidarle y convencerle de que cesase en su persecución. Pero, sí, sí... Lejos de acobardarse, Catapún incrementó sus deseos de «echarle el guante». Salió corriendo detrás de él con tan gran velocidad que parecía que iba a alcanzarle, pero

el bandido no era cobarde y «zumbado» que era una maravilla. Después de mil vueltas y regates, el criminal, en vez de marearse, desapareció inesperadamente (inesperadamente para Catapún, claro está) por una puerta de tan misterioso y sórdido aspecto, que hubiera hecho vacilar en adentrarse a otra persona menos valiente y audaz que Catapún. Dispuesto a todo antes que abandonar sus propósitos, bajó con gesto y ademán decididos las escaleras que conducían al antro misterioso. Pero aquello no era un antro misterioso; aquello era la guarida de la banda de «El Mellao». Unos mal fachados y hercúleos tipos, le hicieron unas preguntas capciosas que le aturullaron e impidieron expresar sus intenciones con la claridad que el caso requería. (¡En qué lío te has metido. Dios te salve, Catapún!).

ESCENAS de BESTAPOLIS

GANSADAS del GANGSTER PAT O'SHO

SUPONEMOS que recordáis que el absurdo «gangster» Pat O'Sho poseía un loro contra su voluntad que le hacía la vida bastante desagradable con su continua y estúpida charla. Una noche decidió acabar con aquel estado de cosas y salió furtivamente a la calle con el empalagoso animalito dispuesto a sepultarlo con su jaula en lo más profundo del río.

El loro, que estaba de un mosca subido, cuando se vió por el aire empezó a sospechar los propósitos de su amo y cuando sintió el frío del agua confirmó sus sospechas.

La jaula tenía el fondo de madera y tardó bastante en irse al fondo del río. El bicharraco aprovechó el tiempo antes de ahogarse.

Y aquí tenemos preso a Pat O'Sho acusado de haber matado a un hombre, gracias a los postreros chillidos del pajarraco.
Ya os iremos teniendo al corriente de lo que le suceda...

el GRAN CAZADOR

El gran transatlántico entró majestuosamente en el puerto de Bombay (India Inglesa). En el camarote número cinco viajaba el famoso cazador español Juan de Milla, a quien le habían hecho el encargo de cazar vivo un tigre de Bengala, con destino al Parque Zoológico Argentino. Este era un hombre de unos cuarenta años, de piel curtida por el sol y rostro enjuto, con los ojos negros, siempre entornados pero de penetrante mirada y flexible y musculoso cuerpo. Gran tirador y alma temeraria, a quien las fieras se le antojaban juguetes para pasar sus ocios. Con él viajaba su secretario, Alejandro Pardo, joven de grandes ambiciones y un enamorado de las peligrosas cacerías, de las que siempre era parte activa.

Sobre la mesa del camarote unos mapas abiertos, mostraban, en lápiz azul, un recorrido a seguir.

—Recoge todo esto, Alejandro, y descendamos pronto; hay que organizar inmediatamente nuestra expedición. Vete al hotel con el equipaje y enseres, mientras yo me entretengo en buscar gente necesaria, con sus respectivos guías, pues tenemos todavía largas jornadas de camino—dijo el cazador disponiéndose a salir. En el hotel nos encontraremos.

El vapor había anclado y los pasajeros se dispusieron a bajar a tierra. Entre ellos descendió Juan de Milla, dirigiéndose a un café cercano al puerto, donde sabía se reunían los naturales del país. Al entrar se entrevistó con el dueño del establecimiento, indígena también, preguntando por los guías que estaban libres.

—Allí en aquella mesa hay dos—contestóle en un mal hablado inglés.

Juan de Milla se sentó junto a ellos, entablando conversación y cerrando muy pronto el trato.

—Os pagaré lo que pidais, pero necesito que mañana sin falta vengais al hotel con vuestros hombres, para organizar sin pérdida de tiempo la salida. Hemos de estar allí antes de que empiecen las lluvias fuertes. Partiremos en dirección a Patna y desde allí seguiremos el viaje por el río Ganges hasta Bengala. ¿Entendidos?

—Entendidos—contestaron los guías, cobrando por adelantado cierta cantidad de dinero que Juan de Milla les dejó sobre la mesa.

(Continuará).

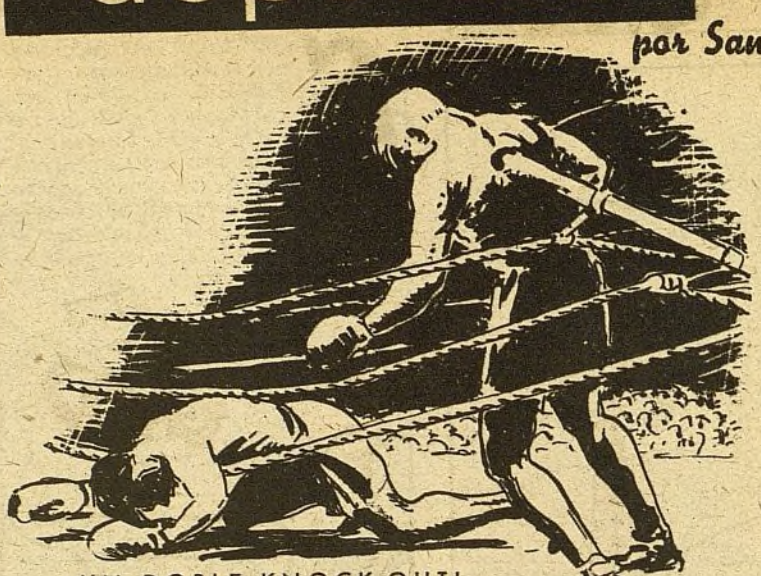
Ayuntamiento de Madrid

deportes

por Santi

JOE LOUIS

El famoso «bombardero» de Detroit, sigue ostentando el título de campeón mundial de boxeo de todas las categorías. En su últmo combate ha vencido por K. O. al americano Billy Conn, quien puso en dificultad al poderoso campeón.

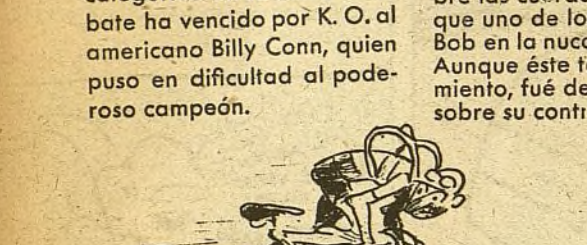


¡UN DOBLE KNOCK-OUT!

Bob Mc. Cambridge, propinó a su adversario un formidable «swing», lanzándolo sobre las cuerdas del ring, tan violentamente, que uno de los postes se soltó y golpeó a Bob en la nuca, haciéndole caer paralizado. Aunque éste tardó en recobrar el conocimiento, fué declarado vencedor por K. O. sobre su contrario.

RUDOLF HARBIG

El gran atleta alemán ha batido el «record» mundial de los mil metros que detentaba desde hace once años el francés Ladoumegue. Harbig es el atleta más popular de Alemania y está empleado en la Fábrica Municipal de Gas de Dresde. Posee los «records» mundiales de 400, 800 y 1.000 mts.



Alegría, fatalidad y mal humor de un participante en la Vuelta a España ciclista que termina el próximo día 6 de julio.

EL MILAGRO DE JOSE LUIS

(Viene de la página 4).

ración. Entraron los hombres y salieron con unos sacos sobre los hombros perdiéndose en la oscuridad. Muy bajito empezó José Luis a llamar y a buscar a su amigo. Lo encontró, por fin, justo detrás de la puerta. Tenía una enorme piedra sobre la cabeza y toda la cara llena de sangre. José Luis separó la piedra y le pareció oir un quejido, pero, por más que llamó y sacudió al herido, éste seguía sin contestarle. De pronto, José Luis se dió cuenta de la situación. Seguramente, de lo que se trataba era de que esos hombres no volvieran a buscar más balas. Lo que no estaba claro era cómo podría impedirlo. Por un momento pensó en volarlo todo. «Si acerco una cerilla...» y si no se le ocurrió que él volaría también, pensó que volaría su amigo y esto no quería de ninguna manera. La puerta de madera claveteada de hierros aunque algo chamuscada, había sido arreglada con unos tablones y bien cerrada podía resistir algún tiempo. ¡Lo malo era con qué cerrarla! Buscaba a su alrededor, cuando el ruido de voces hizo que se le helara la sangre en las venas. ¡Estaban de vuelta! Sin pensar lo que hacía, cerró la puerta y apoyó todo el peso contra ella. Pero él mismo comprendió que esto era pueril. Un poco más de tiempo y hubiera podido hacer una barricada de piedras. Ya no había que soñar en ello. Del cerrojo enorme, antiguo, sólo quedaban las dos anillas, dos en cada puerta, por las que debía pasar la barra de hierro. José Luis no fué nunca un chico gordo en el pueblo no lo eran ninguno y últimamente el encontrar comida no había sido cosa fácil. Un segundo más y el brazo de José Luis ocupaba el lugar del cerrojo ¡justo a tiempo! Alguien empujaba la puerta. El brazo pareció partírsele pero la puerta no cedió. Afuera se oyeron juramentos y voces. Para José Luis todo lo demás fué como un sueño. Primero había el miedo, un miedo tremendo que casi no le dejaba respirar. Luego el dolor insoportable del brazo. Una vez quiso, para que le doliera menos, cambiar el brazo de postura, pero, se le había hinchado tanto que ya no podía moverlo dentro de las anillas. «Así, aunque quiera no podré quitarlo» pensó y se quedó más tranquilo porque además del terror a las voces, empezaba a tener la preocupación horrible de sentirse débil y retirar el brazo. Las voces redoblaban afuera. Una, insistente, que quería terminar de una vez y volarlo todo y otra más prudente, pero que se enervaba por momentos. Cada vez que José Luis se desmayaba, un nuevo golpe le hacía volver en sí. Hasta que por fin, todo acabó por borrarse a su alrededor... Ya era de día cuando un falangista trepando por el tejado de la iglesia, asomó la cabeza por un boquete para averiguar qué impedía abrir la puerta. En el suelo yacía el centinela en un charco de sangre y a su lado había un niño arrodillado. La cabeza le colgaba sobre el pecho y con una mano agarraba crispada, el uniforme del herido; con la otra... la otra morada y ensangrentada, servía con el resto del brazo, de cerrojo de carne y hueso. El falangista, más impresionado que congruente, dió un largo silbido y descendió con precipitación. Al despertarse una de las veces, le pareció a José Luis que estaba acostado en una cama, pero como el brazo le seguía doliendo, pensó que estaba soñando y volvió a cerrar los ojos. Los volvió a abrir y la cama persistía. Y después de repetir con igual resultado la misma operación cuatro o cinco veces, empezó a mirar a su alrededor. A sus lados había más camas y en la vecina un hombre joven le miraba sonriendo y le preguntaba: «¿Qué tal chaval?». Nada pudo contestar José Luis, porque en ese momento es cuando sucedió lo más extraordinario de todo. Se abrió de repente una puerta y el cuarto se llenó de sol. Rápidamente se acercó un soldado con una estrella a la cama de José Luis y al llegar a los pies le saludó con el brazo en alto y le dijo: «¡Arriba España!; camarada, antes de marcharnos, queremos como recuerdo y agradecimiento regalarte esto». Dió media vuelta, desapareció y sobre la colcha de José Luis había una camisa azul. No fué tan rápido sin embargo para que José Luis no viera cómo brillaba el sol a través de la barba rubia y rizada que llevaba el visitante. El muchacho, como es natural, no había dicho nada; primero porque no tuvo tiempo y segundo porque la verdad era que no había nada que decir. Cogió la camisa azul, que no tenía para él más significado que como símbolo de lo bueno y la metió dentro de la cama. Con ella agarrada se quedó dormido; pero antes miró de reojo, por si se reía de él, al ocupante de la cama vecina; pero éste estudiaba atentamente el techo, como si lo que ahí viera le llenara de satisfacción. Ha pasado el tiempo y José Luis tiene quince años y sabe ya muchas cosas. Ha viajado mucho, dos veces a Madrid y lo menos siete a la ciudad. Ha leído muchos libros y es el primero en la escuela, porque hay cosas que obligan mucho. La gente ya no le da vergüenza y contesta siempre que le hablan. Su historia la conoce todo el pueblo y todos le quieren de una manera especial. Hay sólo una cosa, que sigue siendo una duda en la cabeza de José Luis. Una cosa tan seria, tan importante, tan maravillosa, que todavía no ha encontrado quien se mereciera recibir esta confidencia. ¿Era el Corazón de Jesús vestido de soldado el que le regaló la camisa azul? Porque pasan estas cosas en sus libros...

Ayuntamiento de Madrid

Chamacoco y su pandilla

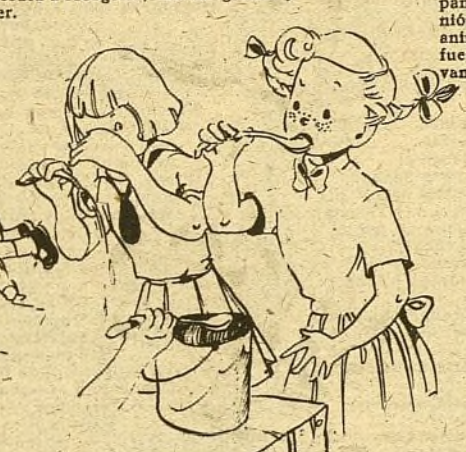
¡Señorita, en este lugar está prohibido pescar, y por aquel camino viene el guarda...! así dice Chamacoco a la chica que está pescando...

La cual para evitar complicaciones, decide marcharse y regala un diminuto pez, fruto de toda una mañana de pesca, a Chamacoco, que se apresura a recogerlo, dar las gracias y desaparecer.

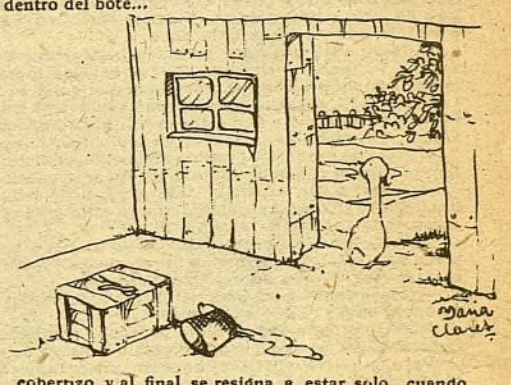
¡Vaya pescado! Cuanto más lo mira, más grande le parece, y cuando llega al cobertizo, Chamacoco está convencida que lo menos lleva un besugo. Sus compañeras no son de la misma opinión, pero Chamacoco no se desanima. Preparan el caldero, el fuego... y todos los comestibles van dentro del bote...

Las rosquillas, los bombones, las cebollas y el pescadito. El olor que despide el guiso, no es muy alentador, pero a Chamacoco y su pandilla, se les antoja delicioso.

¡Pobre Chamacoco! Para dar ejemplo, engulle unas cucharadas del negruzco líquido, pasa las de Caín, suda, pero un jefe indio no puede decir que la comida guisada en el «vivac» puede estar terriblemente mala.



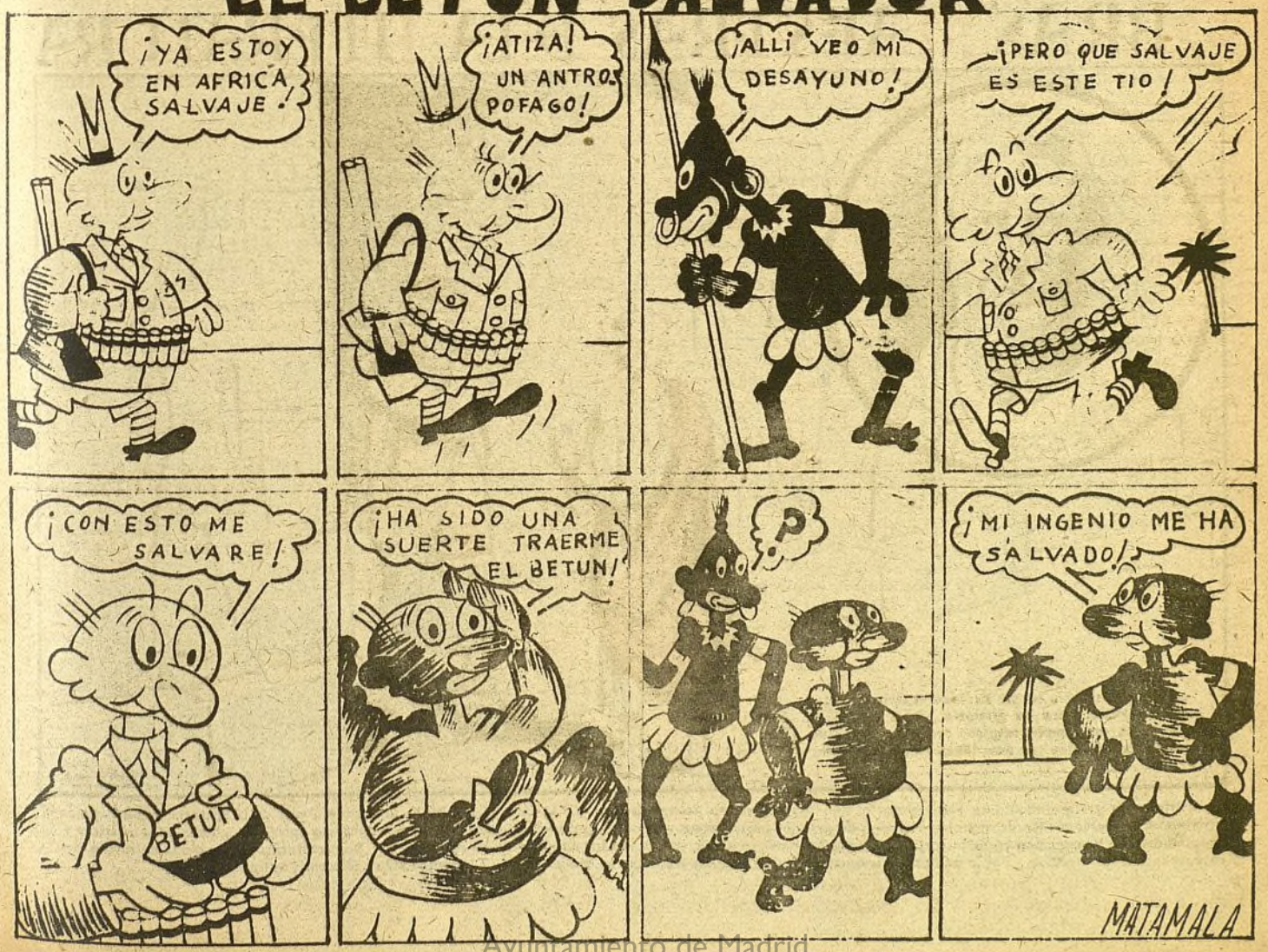
Después de la muchísima «colación» muy serias y pálidas, se van a sus casas, y por la tarde, Tobías en vano las espera en el



cobertizo, y al final se resigna a estar solo, cuando oye a las criadas, que Chamacoco y su pandilla están en la cama, con grandes mareos.

(Continuará)

EL BETUN SALVADOR



Ayuntamiento de Madrid

Cuento de Mari-Pepa

Cosas... muy particulares

Me encanta que llegue el momento de la partida. Todo el mundo se pone a meter y sacar cosas de los armarios, a volcar los cajones y a ir disponiendo en las maletas lo necesario para la temporada de verano. Como las personas mayores están tan ocupadas con los equipajes, no se preocupan como debieran de los pequeños y estos momentos de completa libertad siempre se cogen con gusto; ¿no os parece? Por lo menos Santi, José Antonio y yo, estábamos de acuerdo en ello el otro día, víspera de nuestra marcha. Nadie nos reprendía si patinábamos por la sala o si nos dedicábamos a cazar moscas por los ventanales. Pero estas dos cosas resultaban bien aburridas y nos cansamos pronto de ellas.

—¡Si pudiéramos salir a la calle!—murmuró José Antonio.

—Ya sabes que no—le repliqué—Fräulein Gretchen está ocupándose de recoger nuestras cosas y las suyas y mamá no quiere que vayamos solos.

—Yo ya soy un hombre—dijo mi hermano mayor, poniéndose muy tieso y orgulloso—creo que podían confiar en mí y dejaros venir.

—¡Como si tú no hicieras nunca una travesura!—protestó Santi. También yo soy bien mayor.....

Y al decir esto, enganchaba con sus pulgares los tirantes de sus pantalones.

—Dejaos de presumir—les dije—porque ninguno de los dos teneis ni pizca de seso. ¿A que no se os ha ocurrido preparar vuestro equipaje en lugar de estaros mirando a las musarañas?

—¿Equipaje yo?—preguntó José Antonio muy extrañado. No tengo que hacer ninguno, De mi ropa y mi calzado ya se ocupará mamá, Juana o Fräulein.

—Lo mismo me pasa a mí—exclamó el pequeño Santi, por no ser menos.

—Pues por mi parte—aseguré—además de mis vestidos y zapatos, que Juana ya ha recogido tengo que llevarme otras cosas muy particulares; así es que os dejo y me marcho. Siempre resultará más divertido que veros abrir la boca.

Durante casi una hora permanecí encerrada en mi cuarto. Ya había terminado de empaquetar todas mis cosas «muy particulares», cuando oí que papá decía en el vestíbulo: «¿Cuántos bultos llevamos en total? Es para advertírselo al maletero y que mañana temprano no tengamos ningún olvido de última hora». —Seis—respondió mamá—más el baúl... siete.

—¡Papaito, papaito!—salí yo al pasillo gritando: ¡que yo tengo también otras cosas de equipaje!, pero sólo cuatro ¿sabes?

—¡A ver, a ver, a ver!... dijo papá, dirigiéndose hacia mi habitación. ¿Cómo es posible que tú sola tengas tantos bultos, como toda la familia junta?

—¡Oh, es muy natural!—expliqué yo un poco apurada. Son cosas «muy particulares» y como no tienen que estropearse, necesitan ir bien anchas». Papá sonrió irónicamente.

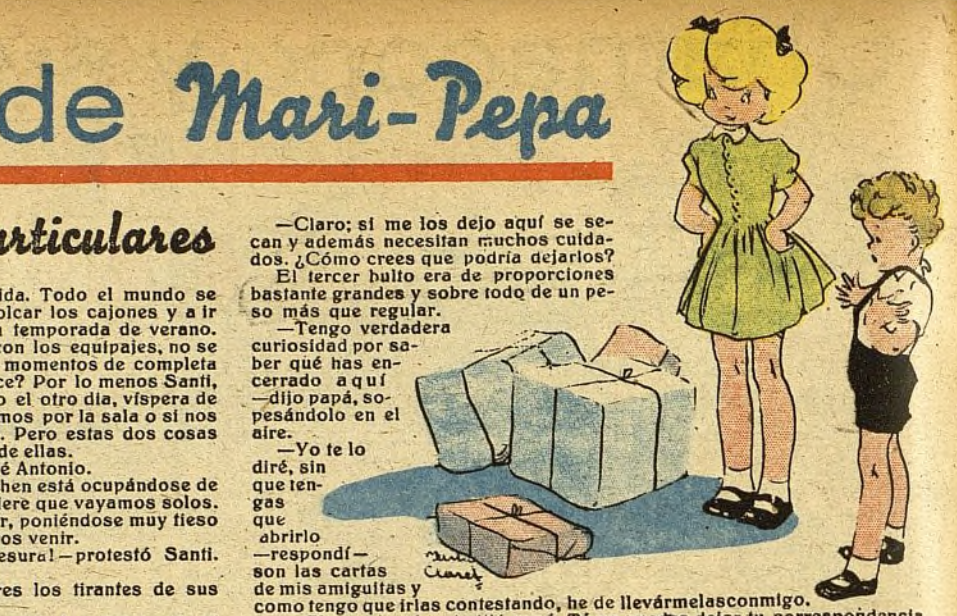
—¿Cosas muy particulares? ¡No intentarás llevarte un par de ratones, como el año pasado!

—¡Oh, no! esta vez se trata de cosas prácticas, de cosas necesarias, que no tengo más remedio que llevar conmigo.....

Pero mi padre, sin hacerme caso, comenzaba ya a desatar la cuerda de una gran caja de cartón. Levantó la tapa, quitó unos papeles... «¡Una muñeca!—exclamó. Bien; no es imprescindible, pero si la tienes tanto cariño, puedes llevarla...

Comenzó a desenvolver otro paquete de más peso. Aparecieron cinco «cactus», en sus tiestecitos amarillos y azules.

—¿Y esto también es «práctico»? —me preguntó con la misma guasa.



—Claro; si me los dejo aquí se secan y además necesitan muchos cuidados. ¿Cómo crees que podría dejarlos?

El tercer bulto era de proporciones bastante grandes y sobre todo de un peso más que regular.

—Tengo verdadera curiosidad por saber qué has encerrado aquí —dijo papá, sopesándolo en el aire.

—Yo te lo diré, sin que tengas que abrirlo —respondí— son las cartas de mis amiguitas y como tengo que irlas contestando, he de llevármelas conmigo.

—¡Claro, claro!—admitió papá. Tú no puedes dejar tu correspondencia. ¡Ya había yo olvidado que tenía una hija que es la sucursal de Correos, por las cartas que recibe cada día!... ¿Y esa otra cajita agujereada? ¿Son acaso palomas mensajeras, para enviar las respuestas más de prisa?

Me puse colorada hasta las orejas.

—No, no son palomas—repliqué, y añadí muy llorosa—¡Pero los pobrecitos no se iban a quedar abandonados, expuestos a morirse de hambre!

Papá, para entonces, había abierto la caja agujereada, donde iban dos hermosos grillos, rodeados de lechuga fresca.

—Después de todo, mi confusión ha sido bien pequeña—exclamó riéndose—entre las palomas y los grillos, casi no hay más diferencia que el color y el tamaño. ¡Ay que Mari-Pepa ésta! Necesitaría el arca de Noé, cada vez que va de un sitio a otro....

—¡Pero es que yo!....—comencé a llorar con desconsuelo.

—Tú lo que vas a hacer—me interrumpió mi padre—es abreviar en lo posible tu equipaje. De las cuatro cosas elige lo que más prefieras. Te concedo que lleves un solo bulto y.... ya es bastante. Ante todo, hay que ser razonables.

Se marchó y me quedé perpleja. ¿Una sola cosa de las cuatro? El dejar a mi Peponcita todo el verano, me llenaba de pena... pero ¿y los tiestos? si se secaban, ya no había remedio... ¿y los grillos? ¿quién iba a mudarles la lechuga? Pues no digo nada de mis amiguitas ¡cómo se pondrían de indignadas creyendo que me olvidaba de ellas, al ver que no les contestaba! Y después de mucho discurrir, decidí «abreviar» mi equipaje apretando todo un poco y metiéndolo en una misma caja. Salí muy ufana a decírselo a papá.

—Ya está cumplido todo como deseabas, «un solo bulto».

—Grandecito es—comentó papá—pero puede pasar.

Y pasó, ¡claro que pasó! Por la mañana temprano nos metimos en el tren. Para la hora de cenar ya estábamos en San Sebastián. Se sacó lo indispensable del equipaje para aquella primera noche. Yo me apresuré a deshacer mi paquete para ver cómo había llegado ¡Qué terrible cuadro! Peponcita tenía la cara de color verde lechuga. Los grillos habían mordisqueado los «cactus» y la tierra de los tiestos había puesto tan negras las cartas y tan húmedas que tuve que secarlas en la ventana. ¡Está visto que las personas mayores no saben lo que es el equipaje de una personita de diez años! — *Mari-Pepa*

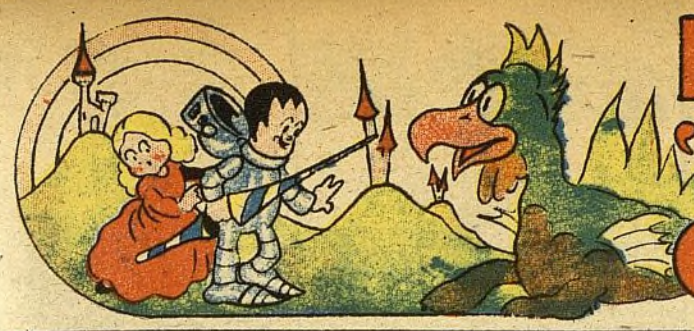
OBRAS MAESTRAS DE LA LITERATURA

Herodoto viajó a través de todo el Oriente, buscando noticias para su Historia. Aquí le teneis delante de un templo egipcio, recogiendo de los sacerdotes los datos que guardaban en sus archivos.

Historiador griego, nacido en Halicarnaso el año 500, muerto en Atenas hacia el 425 (a. de J. C.). Se le ha llamado el Padre de la Historia, por haber sido el primero en concebir el plan de una obra histórica de grandes proporciones. El objeto principal de su relato, son las guerras entre los helenos y los asiáticos y en especial las de griegos y persas. Su historia está dividida en nueve libros, que llevan los nombres de las nueve musas. Se caracteriza por la gracia del estilo, por la ingenuidad de la narración y por la fluidez del lenguaje. El nos ha dejado un inmenso caudal de conocimientos sobre el mundo antiguo.

Ayuntamiento de Madrid

HAZAÑAS DE "EL FLECHA GUERRERO"



TEATRO INFANTIL
"MARAVILLAS"

Todos los domingos a las tres y media de la tarde, grandes festivales en el
MONUMENTAL CINEMA

PRECIOSOS ESTRENOS
TOMBOLA, CIRCO Y UNA
LLUVIA DE SORPRESAS

Ayuntamiento de Madrid

MESA REVUELTA

SOLUCIONES AL NUMERO ANTERIOR

Al Logogrifo: DASIMETRIA. A la Tarjeta: VALDEAVERO. Al Jeroglífico: DOMINICA. Al Rombo: R-Roa-Rosca-Aca-A. Al Triángulo: Generales-Nefasto Rato-Les. Al Rompecabezas: No hay peor sordo que el que no quiere oír.

Al Crucigrama: HORIZONTALES: 1. De. Amo. Ca. 2: Asa. Par. 3. Ala. 4. Crema. 5. Coronaria. 6. Omega. 7. Aro. 8. Tos. Por. 9. El. Así. No.

VERTICALES: 1. Da. Oca. Te. 2. Ese. Sol. 3. Cro. 4. Aroma. 5. Meleneras. 6. Amago. 7. Ara. 8. Cal. Son. 9. Ar. Mar. Ro.

TRIANGULO

00
00 00 000 00
00 00 00
000 00
00

Si acertáis a cambiar bien los ceros por letras, leeréis: 1. Apellido de cierto Emperador de Francia. 2. Recién llegado al mundo. 3. Color. 4. Letra.

La lengua de ciertos pescados brasileños es tan dura que los indígenas la utilizan como sierra.

Las brújulas de los antiguos chinos indican siempre el sur. Estas tienen diversas formas, sin embargo todas ellas son tan decorativas como la que muestra este grabado.

ROMPECABEZAS

de, se, cho, o, bre, ci, po,
ro, gu, bre, os, mu, fi, hom,

Refrán popular.

CANTIDAD DE CALOR QUE IRRADIA EL SOL EN TODAS DIRECCIONES.

El calor que la Tierra recibe del Sol es 2.150 millones menos que el que despide el astro-rey en todas direcciones. En este dibujo se representan proporcionalmente ambas magnitudes por una cerilla y por un inmenso horno.

TARJETA

PIA LENCAS

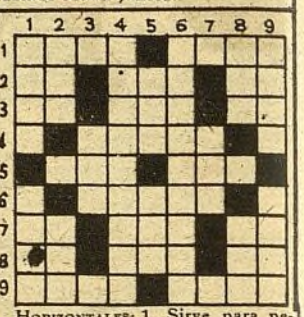
Ciudad de la provincia de Cáceres.

Eamon de Valera, presidente del Estado Libre de Irlanda, es mitad español y mitad irlandés.

—¡Caballero, deme usted diez céntimos, que no he comido hoy.

—Ni yo tampoco.

—Pues deme usted veinte y podemos comer juntos.



HORIZONTALES: 1. Sirve para pegar. Batracio. 2. Forma que toma el a privativo antes de vocal. Cabo de la provincia de Alicante. Dirigirse a un lugar. 3. Artículo (al revés). Pueblo de Tarragona. Iniciales de Oscar Artea. 4. Tiempo de verbo. 5. A favor. Letras de Atico. 6. Instrumento de agricultura. 7. Artículo. Letra. Iniciales de Antonio Zuaz. 8. Nombre de letra. Río de Cataluña. Segunda persona. 9. Una de las partes del mundo. Necesario para abrochar. VERTICALES: 1. Vestido sobresaliente usado en grandes fiestas Tronco de la vid. 2. Clase de indios. Pueblo de Lérida. 3. Municipio de la provincia de Huesca. 4. Persona que vive solitaria entregada a la contemplación y a la penitencia. 5. Movimiento del mar (al revés). Tiempo de verbo. 6. Abertura por donde sale el aire de las cavidades subterráneas. 7. Tiempo de verbo. 8. Nombre de varón. Sujeta. 9. Rogar a Dios. Color. M. A.

LOGOGRIFO

1234567890 — Pieza de automóviles.
496828937 — Oficio de mujer.
49037896 — Libro de apuntes.
1234569 — Combinación del carbono.
907893 — El que usa de la palabra.
17467 — Mamífero rumiante.
1542 — Isla de la América del Centro.
870 — Entregar.
89 — Nota musical.
1 — Consonante.

Como hoy se dan billetes para poder presenciar los espectáculos en la Roma clásica se daban medallas que concedían derecho a presenciar los juegos y luchas de circo. He aquí una contraseña para los espectáculos de carreras de caballos. Representa a un auriga que conduce a su caballo de las bridas.

—A ver, niño, dígame un nombre que empiece con M.

—El mío. Eme...terio.

JEROGLIFICO

Nota 100 R 150 Nota

¿Qué enciendes?

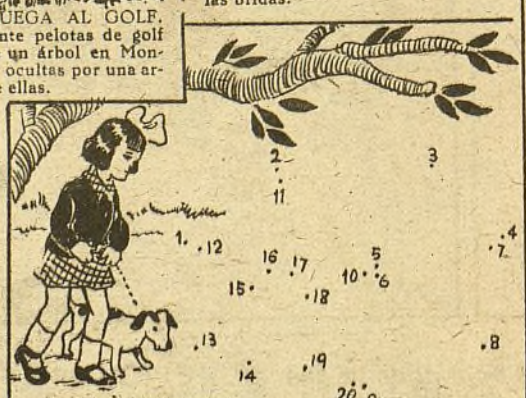
El perro ha sido fiel compañero del hombre y su auxiliar en la caza desde el comienzo de la humanidad. Así lo prueban las pinturas rupestres de las cuevas prehistóricas, como ésta que reproducimos.

UNA ARDILLA QUE JUEGA AL GOLF. Se encontraron ciento veinte pelotas de golf escondidas en el hueco de un árbol en Montreal (Canadá) recogidas y ocultas por una ardilla que se encaprichó de ellas.

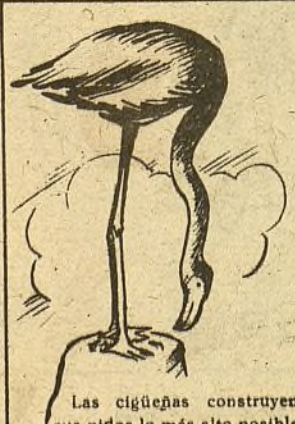
ROMBO

0
0 0 0
0 0 0 0 0
0 0 0
0

Cambiad los ceros por letras de forma que podáis leer horizontal y verticalmente lo siguiente: 1. Consonante. 2. Diente de peine. 3. Animal de carga. 4. Juguete. 5. Vocal.



Unid los puntos por su órden del 1 al 20 y sabréis dónde a esa niña con su perrito.



Las cigüeñas construyen sus nidos lo más alto posible para preservarles de la humedad. Utilizan para ellos lodo seco.

Combinad las letras iniciales de las cosas dibujadas de forma que resulte el nombre de una población de España.

Ayuntamiento de Madrid

COLABORACIÓN de NUESTROS LECTORES

CUENTO

Había una vez un hombre que cortaba piedras de una roca. Su trabajo era largo y penoso, y muy mezquino su salario, por lo que suspiraba tristemente. Sn día, cansado de su ruda tarea, exclamó:

—¡Oh! ¿Por qué no seré yo bastante rico para pasar la vida echado sobre un blando lecho, provisto de cortinas que me libren de los mosquitos?

Entonces un ángel descendió del cielo y le dijo:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y el hombre fué rico y reposaba en blando lecho, provisto de cortinas de seda roja. Pero he aquí que el rey de aquel país llega en su magnífica carroza, precedida y seguida de lujosos caballeros y rodeado de servidores que sostenían una sombrilla de oro, sobre su cabeza. El rico se sintió entristecido por este espectáculo y dijo suspirando:

—¡Oh, si yo pudiera ser rey!

El ángel descendiendo del cielo, le dijo:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y el hombre fué rey, se paseaba en una magnífica carroza, seguida y precedida de lujosos caballeros y rodeada de servidores, que sostenían sobre su cabeza la sombrilla de oro. El sol brillaba de tal modo, que quemaba las hierbas. El rey se abrasaba de calor y decía que quisiera ser como el hermoso astro. El ángel descendiendo del cielo, le dijo:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y el rey fué transformado en sol y derramaba sus rayos sobre la tierra, abrasando las hierbecillas y haciendo sudar el rostro de los reyes. Pero una nube se eleva en los aires y tapa su luz. El sol se irrita de ver su poder menospreciado y grita que se cambiaría por la nube. El ángel descendiendo del cielo, le dijo:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y el sol se convierte en nube, que da sombra a la tierra y las hierbecillas reverdecen. La nube se abrió y de sus flancos corrieron torrentes de agua, que inundaron los campos y devastaron las mieses. Pero nada podían contra una roca, a pesar de embestirla el oleaje por todas partes. Entonces gritó la nube:

—Esa roca es más poderosa que yo; quisiera ser roca.

Y el ángel descendió del cielo y le dijo:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y la nube fué cambiada en roca y ni el ardor del sol, ni la violencia de las lluvias, podían conmoverla. Pero llega un obrero y comienza a golpearla con su martillo, haciéndola pedazos. Y la roca exclama:

—Este obrero es más poderoso que yo; quisiera ser este obrero.

Y el ángel desciende del cielo y le dijo:

—¡Que tu deseo sea satisfecho!

Y el pobre hombre, transformado tantas veces, vuelve a ser el picapedrero que trabaja rudamente por un mezquino salario y vive el día contento con su suerte.

Pascual Hurtado

Infantes. 14 años.

FIEL AMIGO

Detrás de una mariposa,
un niño va, corre, salta...
por el campo, pisa el césped, los barlas margaritas de plata (bechos
que surgen del verde musgo
como estrellitas de nácar.
Sube por el monte arriba
tras de su preciosa caza
loco de júbilo viendo
que pronto su presa alcanza...
mas, no ve que un precipicio
sobre sus pies se abre... y salta...
pero, cuando va a caer
en el vacío, le apartan
unos brazos invisibles
que suavemente le abrazan...
Vuelve la carita el niño
a su salvador, le habla...
su rostro resplandeciente...
suaves manos... blancas alas...
¿Quién eres?, pregunta el niño.
Soy... tu ANGEL DE LA GUARDA.

Poesía original de Jeromito e Isabelita de Cubas.—Madrid.

CHISTES

Pedro.—¿Sabes en qué se parece un avión a un hombre?

Juan.—No lo sé.

Pedro.—Pues mira: el hombre tiene sesos, y el avión se sos tiene.

F. Iguacel

Mataró. 11 años.

* * *

Una mujer a otra le dice:

—Las mujeres tontas, afirman las cosas.

—¿Estás segura?

—Completamente segura.

Valencia. **Isidro Bratus.**

María Julves
7 años.—Valencia.

Antonio Díaz
14 años.—Tomelloso.

Juan José Basanta
9 años.—Pontevedra.

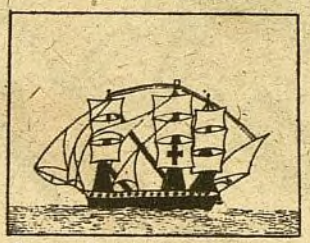
Jesús López
Medina del Campo.

Asunción Escribano
13 años.—Lérida.

Luis Jarciño
10 años.—Tomelloso.

Lolita Queimadelos
12 años.—Madrid.

José Lapeza
Miranda de Ebro.

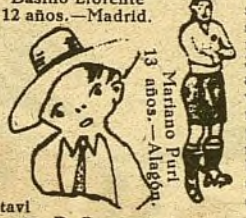


Basilio Llorente
12 años.—Madrid.

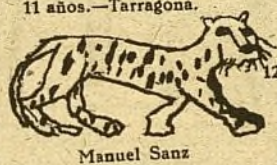
Francisca Roigé
11 años.—Tarragona.

Lola Ramírez
12 años.—Tomelloso.

Isabelín Cuitavi
7 años.—Valencia.



13 años.—Alagón.
Mariano Puri



Manuel Sanz
8 años.

Germán Lerma
10 años.—Cariñena.

Esteban Casas
8 años.—Gerona.

P. Ramonos
Barcelona.

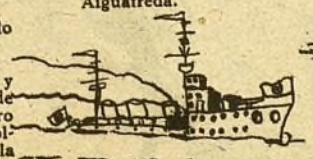
Pedro Lobera
12 años.—Madrid.

María Teresa Titó
Alguafreda.

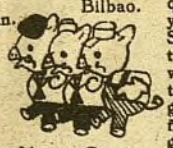
Juan Montserrat
9 años.—Morell.

Rodolfo Esteban.

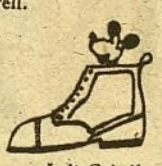
Roberto Vera
Bilbao.



Rafael Heredia
9 años.—Madrid.



Llanos Giménez
11 años.—Albacete.

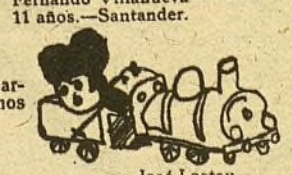


Loli Cabello
Puente-Genil.

Carmencita Villegas
5 años.—Haro.

Luis Pérez
8 años.—Madrid.

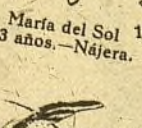
Manolo Córcoles
7 años.—Lesura.



Fernando Villanueva
11 años.—Santander.

Pilarín Olmedo
12 años. Valencia.

María Gárate
12 años.—Clasibar.



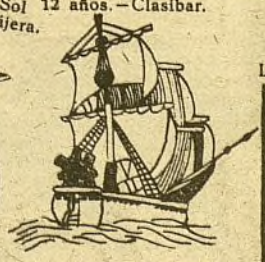
María del Sol
13 años.—Nájera.

Manuel Romero
Los Santos Maimona.

José Lostau
8 años.—Madrid.

Gregorio Vázquez
Vigo.

Jesús Echauri
Pamplona.



Antonia Santiago
12 años.

Fernando Garcés
11 años.—Picasia.

Anita Fornells
14 años.—Barcelona.

Elvira Fornells
10 años.—Barcelona.

Ramón Segura
8 años.—Zaragoza.

Antonio Cayuela
9 años.—Madrid.

Amaro Pérez
12 años.—Tomelloso.

LA MARIPOSILLA ENCARNADA

Volvía la primavera, las flores del parque abrían sus pétalos, como queriendo saludar a la estación que se aproximaba; las ramas movíanse lentamente al suave roce de la brisa del atardecer. A los pies de un viejo sauce, había nacido una pequeña plantita de humildes violetas. Más allá, un rosal entrelazaba sus hojas para ocultar un bello capullo, que pronto abriría su cáliz; éste era custodiado en su verde trono por cien espinas, como cien afiladas espadas. La violeta miraba humilde al rosal, como un vasallo mira el trono de su rey. Ella custodiaba también en su cáliz un objeto raro, que cierto día había dejado caer junto al sauce, un travieso saltamonte. La florecilla al verlo lo recogió, guardándolo en su corola.

El jardinero al visitar el parque y ver en las moradas hojas de la violeta aquel objeto, exclamó: «Es una crisálida; pronto saldrá de ella una mariposa, que será igual a otras varias».

La violeta siguió guardando su tesoro, hasta que cierto día, al atardecer, se movió levemente y de aquella pobre crisálida surgió, como surge de las tinieblas el sol, una bella mariposa de color rojo como la púrpura; sólo tenía varias manchitas, que parecían gotas de rocío congeladas. Saludó a la violeta y enderezando sus antenas, se dispuso a emprender el vuelo. El sauce sacudió sus pesadas ramas y dijo: «Ya que eres tú, mariposilla, la reina de nuestro parque, no huyas de este recinto; tal vez al buscar tu felicidad, pierdas la nuestra; y seguramente en tu camino encontrarás graves peligros».

No escuchó la mariposa aquellas elocuentes palabras y voló lejos, muy lejos; Dios sabe dónde..... No pensaba si no en su dicha; creía verse alabada por todos; sus hermosos colores le harían ser la soberana en todos los lugares que fuese.

De pronto, divisó a lo lejos un bosque; aquello le pareció un paraíso Apresuró cuanto pudo su vuelo y llegando hacia un árbol, posó sus diminutas patitas en él. La noche se acercaba y la mariposa no creyó suficiente albergue en un mísero alcornoque; el bosque era gaande y encerraba grandes maravillas; quizás siguiendo ella adelante, encontraría algún sitio mejor.

Siguió pues, volando. A medida que avanzaba, la obscuridad era mayor, hasta que sus ojos no vieron. Se sintió aprisionada por una multitud de pequeños hilillos. Al mirar vió a su alrededor una red tejida entre dos árboles. Durante su vida de gusano, había oído hablar de las arañas y sus telas y comprendió el peligro en que se hallaba.

Un repugnante bicharraco se aproximaba hacia ella, hundiendo sus numerosas extremidades en la malla. Una vez que hubo llegado hacia la mariposa, hincó sobre su pobre cuerpecillo un largo aguijón y sorbiendo a grandes sorbos la sangre de la infeliz mariposa, acabó con la vida de ésta.

Cuando la luz del nuevo día alumbró el bosque, se vieron sobre la tela del arácnido los despojos de un nuevo ser, que buscando la felicidad, cayó en manos del destino.

Matilde Salguero

Sevilla. 14 años.

A JESÚS CRUCIFICADO

¿Qué tiene tu mirada,
perdida en la infinita
bondad, que de tu pecho
emana dulcemente?
¿Qué tienes en tus ojos,
Señor, que cual torrente
de luz riegas la tierra
con tu pasión bendita?
Señor, tú te ofreciste
por redimir al mundo
del pecado y la culpa
en que había perecido,
y al venderte por plata
el Apóstol perdido,
el cáliz de tu muerte
lo ofrendaste fecundo.
Yo sé que con tu muerte
quedamos liberados
del demonio maldito
que pretendía asolarnos
y te pido, de hinojos,
perdones mis pecados
por la cruz que llevaste
para poder salvarnos.
Por ella te lo pido
Señor, que me perdones;
¡llorando ante tus plantas
porque no me abandones!

Antonio Trenas.

Ayuntamiento de Madrid

EL DRAGÓN DE LAS SIETE CABEZAS

A pesar de intentar seguir las huellas que veía en la tierra el conde de Mirto, se dió cuenta, después de mucho rato de andar, que había equivocado el camino y que en lugar de salir del bosque se iba adentrando en él. El cansancio y la fatiga no le dejó avanzar y exhausto de fuerzas cayó al suelo quedándose inmediatamente dormido. Transcurrida la hora de la siesta, los centinelas despertaron a los escuderos y estos empuñando los cuernos de caza lanzaron al aire sus graves sonidos despertando a los durmientes. Abrió los ojos el príncipe Iris y poniéndose en pie se ajustó el cinto

del que pendía la daga, se encasquetó el casco de vistosas plumas y cubrió el pecho con la reluciente armadura. Al salir de su tienda, los vasallos se inclinaron esperando sus órdenes. «¿Dónde está el conde de Mirto?», preguntó. «Nadie le ha vuelto a ver —contestó uno— cuando nos echamos a descansar, él no quiso hacerlo, prefiriendo darse un paseo». «¡Buscadle inmediatamente!», volvió a hablar el príncipe. Varios caballeros montaron en sus fogosos caballos saliendo en bus-

ca del desaparecido, mientras los restantes hombres del séquito y criados, plegaban las tiendas y preparaban el regreso. Cuando después de dos horas de larga espera regresaron, nadie pudo dar cuenta del conde de Mirto. «Señor, como no se haya extraviado en el bosque prohibido de las Peñas Azules, no sabemos dónde

puede hallarse. Hemos recorrido los alrededores inspeccionándolo todo y sin resultado». «Está bien —dijo el príncipe— debo regresar a palacio esta misma tarde y no puedo, en modo alguno, partir sin saber la suerte que ha corrido mi amigo, por lo tan-

to, regresad vosotros a la ciudad y dad cuenta a mi padre, el rey, de la decisión que he tomado de quedarme en el bosque a la busca del conde». Diez caballeros montaron en sus caballos partiendo a dar noticia al rey de la decisión del príncipe; los demás criados y lanceros quedáronse en el bosque, junto con los otros caballeros que no quisieron dejar solo al príncipe y a quienes las aventuras les gustaban

demasiado para dejar perder aquella ocasión propicia. Cuando los emisarios se perdieron de vista, el príncipe Iris mandó plantar de nuevo el campamento y dejar en él una reducida guardia, mientras escoltado por todos los demás emprendieron la busca del conde.

(Continuará)

Ayuntamiento de Madrid